

ENTREVISTA

a Juan, vendedor ambulante

Alfonso Alvarado / Facultad de Comercio y Administración

Cualquier sábado, después de almorzar a las diez de la mañana leo el periódico, y el *Time* y el folleto del Institut Français de Personnalité que invita a aumentar el atractivo personal, a preparar buféts, bebidas y a utilizar el vestuario adecuado para cada ocasión. Mis quinientos pesos mejor aprovechados. Sonrío, a la vez que preparo mi grabadora. Con dos cassettes de repuesto, salgo. Me encamino a una escuela, pues imagino es un lugar ideal para encontrar a mi jicamero; no olvido al que nos esperaba a la salida de la "21 de Marzo", con su chile piquín y sus raspados. Continúo hacia una clínica del Seguro Social en mi búsqueda y sigo por calles y deportivos. Al mediodía lo descubro. Con el botón del micrófono en *off*, me acerco, lo saludo y me presento como estudiante de Prepa (por mi edad y si aún estudiara, sería un antiquísimo fósil) con un trabajo de investigación de la escuela. Tras breves e intrascendentes comentarios, el dedo pulgar, autorizado, cambia la posición del botón. *On:*

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Tienes mucho tiempo de vendedor?

—Diez meses.

—¿Cuál es tu menor y mayor ingreso diario?

—Depende de lo que venda.

—No te entiendo.

—Si vendo doscientos pesos, me vienen quedando veinticinco. Si vendo cien pesos, entonces me dan doce cincuenta, porque el carro no es mío, yo nada más soy peón.

—¿Te alquilan el carro?

—Sí, con la fruta contada, así el patrón sabe cuánto vendí y me paga; aunque si vendo menos de sesenta pesos, no me da nada.

—¿Tiene más carros para alquilar?

—Tiene como diez.

—¿Y tiene coche?

—No, nada más terrenos y casas donde vivimos.

—¿Les cobra renta?

—Sí.

—¿Sabes leer?

—No.

—*Off.* Una señora, de rebozo desteñido, pisando su diminuta sombra, debido a la posición del sol. se acerca y pide un limón con sal; sus ojos miran el fruto seleccionado, los míos miran a los suyos y a la mano que selecciona: morena, indígena; miran cómo el cuchillo rebana el cítrico y los míos la habilidad para manejarlo, e imagino a esas manos, con unas pinzas o un taladro, frente a un torno o una máquina, dando forma a la materia prima, cooperando directamente en la fabricación de un producto terminado; lo veo limpiarse el sudor con la camisola de trabajo y no con el antebrazo desnudo como lo hace ahora, frente al frágil vehículo de madera que ni siquiera es suyo. La señora paga y se retira. *On:*

- ¿Por qué te hiciste vendedor?
 - Para comer y buscar ropa, porque en mi pueblo no alcanza; te pagan cinco pesos diarios y eso cuando hay trabajo, pero casi nunca hay.
 - ¿Cómo te hiciste peón?
 - Mi primo Jesús me trajo y me llevó con el patrón.
 - ¿Qué horario tienes de trabajo?
 - Salgo a las diez y regreso a las siete.
 - ¿Qué día descansas?
 - No descanso nunca salgo todos los días, para que rinda;
 - ¿Mandas dinero a tu casa?
 - No me sobra nada, apenas saco para comer. Luego si viene la camioneta es peor.
 - ¿De Salubridad?
 - No, de las otras; siempre que me ven se paran. Ahorita me acaban de chingar diez baros.
 - ¿Y si no se los das?
 - Pues es peor, se llevan todo. Por eso es mejor darles.
- Off.* Cuatro niños, de diez o doce años, piden sus raspados de tamarindo y rompopo, con mucho jarabe. Con la natural creatividad y fogosidad de ellos, cada uno, raspa el hielo, sin que exista el “sírvasse-usted-mismo”, lo vacía en el cono de papel y le da color. Juan y yo, los contemplamos divertidos. “Que pague el Dumbo”, dice el más alto, mientras le da un puntapié para estimularlo; él casi adolescente, sin sentirse ofendido ni atacado, paga con una sonrisa abierta y corre seguido de sus compañeros que gritan y se mueven con energía y rapidez fantásticas. *On:*
- ¿Quiénes te compran más: los estudiantes, los obreros, las. . .
 - Las gentes, me responde antes de que termine la pregunta.
 - ¿Las gentes?
 - Sí, los que pasan por aquí, —comprendo—
 - ¿Me puedes vender mariguana? , me mira desconcertado.
 - ¿Mariguana?
 - Sí, quiero conectar café.
 - No vendo café.
 - Me dijeron que ustedes lo vendían, ¿no es cierto?
 - No es cierto.
 - Juan —cambio de tema, para alejar de él la desconfianza—, ¿crees que haya alguien que se preocupe de los problemas de ustedes, de los que no tienen trabajo, de los pobres?
 - No hay nadie.
 - ¿Estás seguro?
 - Seguro.
 - ¿Crees que se pueda hacer algo para que no haya tanta pobreza?
 - Quien sabe. Uno ya está impuesta a ser pobre y a irlo pasando. Se acostumbra uno a eso.
 - ¿Cuánto te costó tu camisa?
 - Doce pesos.
 - Juan, ¿dónde puedo encontrar otros peones? Para que mi trabajo sea más completo.
 - Hay uno en el Poli y otro en la Villa.
 - Si tus amigos del pueblo te pidieran un consejo, para venirse o no a México, qué les dirías?
 - Que se vinieran.
 - Gracias Juan, que vendas mucho. Hasta luego.
 - Hasta luego.

Off. Se queda mi amigo Juan echando agua a las jícamas, para que se conserven frescas y señalándome adonde puede localizar a su primo Jesús. Me ve subir a mi automóvil y sonrío, no sabiendo tal vez, si me estoy burlando de él, o si verdaderamente creo que pueda servir de algo esta entrevista. *On.* Sé que no es necesario que busque a Jesús, o a Antonio, porque ellos, como él, como los hermanos que tienen hambre, buscan únicamente cómo lograr el alimento de un día. Miro a una joven llevarse una rebanada de jícama de a peso, del peso que no le pertenece a Juan, porque lo tienen controlado, y él queda, entre el estrépito del tránsito y el agobiante sol, ante nuestros ojos, como una afrenta a la dignidad del hombre.